

## Eclesiología a 140 kilómetros por hora

**Alberto Fernando Roldán**

Era una madrugada de verano en el sur de la Argentina. Recuerdo que volvíamos de un congreso interdenominacional en el Valle del Río Negro. Fue un encuentro que se disfrutó a pleno en la comunión cristiana tan afecta a estas experiencias. Ricardo me dijo: “Vas para Bahía Blanca? Querés que te lleve en mi auto?: Voy solo.” Un ofrecimiento de tal naturaleza no era para despreciar. Pensé: que buena oportunidad para seguir el diálogo fraternal.

El auto, de fabricación japonesa parecía un Fórmula 1. ¡Cómo se deslizaba por la ruta! Eran más o menos las 2 de la madrugada y yo calculaba que iríamos a no menos de 130 kilómetros por hora. Charla plácida, animada, mientras la cebada de mate, a mi cargo, claro, nos acompañaba. En un momento Ricardo me lanza una pregunta directa, intempestiva: “Y vos...de qué iglesia sos?” “De la Unidad Cristiana”, le digo. De inmediato me formula otra pregunta inquisitiva: “Y esa, qué tipo de iglesia es?” Intenté hacer descripciones más o menos pormenorizadas: “Creemos en la autoridad de la Biblia, en la Trinidad, en Jesucristo y su obra, en la salvación por la fe, en el sacerdocio universal de todos los cristianos en...” No pude seguir. Ricardo me interrumpió con una expresión mezcla de asombro y tenue vanagloria: “Pero eso es lo más parecido a los bautistas!” “Sí, respondo, pero eso, qué significa?” pregunté. “Significa –dijo Ricardo en tono doctoral- que la iglesia bautista es la iglesia que fundó Jesucristo.”

Eran ya las 2.08 minutos de la madrugada. La jornada en el Valle había sido muy intensa y yo estaba cansado. Pensé: “Habré oído mal!” Es el fruto de tantas reuniones, predicaciones, invectivas, formulaciones, liturgias, muchos “pónganse de pie”, “tomen asiento”, “no puede estar triste el corazón que alaba a Cristo”, “a ver hermano, decile al que está a tu lado: “El Señor está contigo...vas a vencer en todo lo que emprendas”....a ver una ofrenda para el Señor”, “quien va a dar 100 pesos para la obra de Dios”....cantemos nuevo este coro (contabilicé 24 veces) y de tanto pararse y sentarse y levantar las manos y decile al hermano que está a tu lado...claro...pensé que no había oído bien. Entonces atino a decirle a Ricardo: “Repetí la frase que no la entendí”. “Es simple –responde con convicción- la iglesia que fundó Jesucristo es la iglesia bautista.” Le pedí más datos. Me convertí *ipso facto* en un fundamentalista que sólo puede creer aquello que está fundamentado en un texto fundamental de la Biblia fundamental.

Y le digo: “dónde está la fundamentación bíblica –no, en realidad dije “prueba bíblica” de tu afirmación”. “Bueno...bueno...dijo en tono conciliatorio: “es cierto que en la Biblia no hay textos que afirmen de manera categórica que la iglesia que fundó Jesucristo

es la iglesia bautista, pero yo te aseguro (¿magisterio bautista?) que la Iglesia de Jesucristo, pura, auténtica, es la iglesia bautista.” Confieso que a esa altura de su exposición sentí en mi interior una rara mezcla de sorpresa e molestia, hasta tal punto que me daban ganas de tirarme del auto. Pero esa actitud suicida no era prudente. Nunca lo es. En un giro infinitesimal vi que el velocímetro marcaba ya los 140 kilómetros por hora. ¡El hermano se había entusiasmado!

Intenté conservar la calma. Hice grandes esfuerzos para escenificarla, aunque la procesión iba por dentro. Y pregunto: “Yo creo que la iglesia bautista es una expresión histórica de la fe cristiana.” No pude seguir. La voz de Ricardo adquirió un tono severo, polémico, agresivo. “De ninguna manera! ¿Cómo vas a decir eso? ¡La iglesia bautista es una iglesia viva, fuerte, poderosa!” “No quiero decir eso.... dije en tono conciliador y explicativo. Lo que quiero decir es que la iglesia bautista es, junto a otras iglesias cristianas, una expresión que se ha dado en la historia pero que no agota el misterio de Dios en Cristo.” Claro... hoy lo admito. Demasiada terminología teológica. Demasiados conceptos para tratarlos a 140 kilómetros por hora.

Llegamos a destino. Eran las 5.30 y ya amanecía en el horizonte bahiense. Mire el extraño colorido que adquirían las nubes con el efecto de los rayos del sol naciente y reflexioné para mí: “¿Cuándo llegará el día en que nos aceptemos los unos a los otros por lo que somos en Cristo y no por el lugar que, circunstancialmente ocupamos en una iglesia o una denominación cristiana? ¿Cuándo será que aceptemos la polícroma diversidad existente entre los hijos de Dios?”

© Alberto Fernando Roldán  
Londrina, 13 de marzo de 2001